

V

Desesperación

Aquel mismo día, sobre las nueve de la noche, la señora de Arvil se hallaba sentada en una amplia habitación de su castillo de la Forge, junto al lecho de su hija.

La condesa era en aquella época una mujer de unos cincuenta años, alta y robusta, con una cabeza de rasgos acentuados, imperiosos, casi duros, que el pesar y la pérdida de su marido, ocurrida seis años antes, había sumido en un luto, del cual no podía ni quería consolarse.

Pero encerraba sus penas en lo más recóndito de su alma; era demasiado altiva para tener confidentes de sus sentimientos íntimos, que no dejaba traslucir ni por suspiros, ni quejas, ni expansiones que su naturaleza no la permitía.

Desde la muerte del presidente no abría los salones de su casa de la avenida de Messine, de la cual era dueña, más que á algunos amigos.

La mayor parte del tiempo vivía retirada en su castillo de la Forge, cuyo aislamiento la agradaba, reconcentrando toda su ternura en Magdalena, su hija única.

Su amor materno, oculto bajo exterioridades bastante bruscas, y por consiguiente engañadoras, tenía todos los ardores del cariño más sombrío.

Y aquel amor tan inquieto, aquella ternura exclusiva, tenía una explicación lógica.

La condesa de Arvil, nacida en la burguesía parisiense, hija menor de unos comerciantes de Marais, educada en la rigidez de principios inflexibles de probidad y de honor, tal y como se entendían en otro tiempo, naturalmente severa, practicando la caridad, más bien como cumplimiento de un deber, que como una consecuencia de generosidad innata; no había tenido más que un amor, el de su marido, mucho más elástico en ideas y sentimientos que ella, así como ya viuda y sin parientes próximos no había tenido más que una ternura, la que tenía á su querida hija.

El conde de Arvil era el único descendiente de una raza de magistrados, cuyo apellido debía terminar en él.

La condesa y su hija no tenían amistades casi con nadie, á no ser con la familia de Bures, que eran primos lejanos del presidente y además amigos verdaderos, no tenían, pues, que contar ni con el interés, ni con el afecto de nadie.

Estos pocos detalles explican el exceso de ternura, si exceso puede haber en el cariño que una madre tiene á su hija y que una hija tiene á su madre, que las ligaba tan estrechamente la una á la otra.

Así es que cuando Morán había anunciado á la condesa que, según las apariencias, un accidente grave debía haber ocurrido á su joven señorita, la desgraciada mujer había experimentado una punzante angustia, que la había quitado hasta la facultad de pensar, pero era lo que vulgarmente se llama una mujer de cabeza.

Recobró en seguida la serenidad.

Dió sus órdenes, envió un criado á Paimpoint para buscar al doctor Chambry, íntimo de la casa, y en seguida partió ella misma á buscar á su hija.

Ya saben los lectores cuanto ocurrió.

De regreso al castillo la condesa, encontró ya al doctor Chambry, que se había apresurado á acudir.

La joven cuando volvió de su desmayo les contó una parte de lo ocurrido.

Nada más sencillo por lo demás. Casi al salir de la aldea de los Essarts y penetrar en el bosque, una manada de ciervos había atravesado el camino á todo correr, llegando los últimos á tropezar casi con la cabeza de *Capitán*, que se había asustado de aquella aparición tan repentina y había despedido á la joven de la silla.

Había perdido el conocimiento con el golpe y no sabía nada más.

Sobre las ocho de la noche el doctor se marchó del castillo, encargando muy encarecidamente el reposo más absoluto.

La herida de la frente era bastante grave; pero como todas las heridas de la cabeza que no matan en el acto, debía curarse, según toda apariencia, muy pronto; á menos que no surgieran complicaciones imprevistas, su cliente se hallaría buena á los cuatro ó seis días.

Después de la partida del médico la madre se había instalado á la cabecera del lecho de la enferma, resuelta á no separarse de su lado.

No quería dejar á nadie el cuidado de velar por lo que más sagrado y querido tenía en el mundo.

Y mientras que Magdalena parecía sumida

en un sueño reparador, la condesa, recostada en un mullido sillón, pensaba tristemente en el pasado, que evocaba en ella tristísimos recuerdos.

En aquel mismo castillo, perdido entre los bosques y las landas, era donde veinticinco años antes había pasado con toda felicidad y alegría su luna de miel.

No se había casado joven.

Muy fría y muy caprichosa, había rechazado á todos los pretendientes que se presentaban, hasta el día en que el conde de Arvil, presidente del Tribunal Supremo de París, había pedido su mano.

El conde, que era entonces un hombre de unos cuarenta años, fué de su agrado.

Le gustaba, al decir verdad, su carácter tanto como su persona.

Y aunque se llamaba sencillamente María Chevaulin, el título de su futuro para nada había entrado en su consentimiento.

A pesar de sus defectos, de los cuales el principal consistía en su carácter autoritario, la presidenta, como la llamaban desde hacía mucho tiempo, era una mujer de las más estimables, de una gran sencillez, una de esas mujeres á las cuales se les puede poner este epitafio: «Ha sido buena esposa y buena madre.»

Entre nosotros este es un elogio de excesiva banalidad, pero que se justifica muy pocas veces en nuestros días.

La señora de Arvil lo merecía con verdadera justicia.

Su unión no había podido ser más feliz.

Aquellos dos caracteres, igualmente leales y pacíficos, se comprendían y se completaban.

El marido y la mujer no tenían más que un ídolo á quien adorar, su hija.

Y Magdalena merecía aquella ternura exclusiva.

Era una criatura que de niña se captaba todas las simpatías.

Ya de joven estaba dotada de todos los encantos, de todas las gracias que agradan y subyugan.

Era tan hermosa como buena; era alegre, dulce é inteligente; era también audaz y valiente; en una palabra, realizaba en su perfección el tipo de la mujer que evoca las adoraciones y hacia la cual todos los corazones se se dirigen por sí mismos y sin el menor esfuerzo.

Sus labios tan solo conocían la sonrisa; su voz era á la vez grave y alegre; sus ojos, del color del cielo, de un azul oscuro, eran puros como un espejo, acariciadores y orgullosos.

Todo se armonizaba en ella: sus rubios cabellos, con reflejos de cobre rojo, abundantes, finos y sedosos; su piel de un blanco nacarado, sobre la cual jamás había caído ni un átomo de polvo ni esencias de ninguna clase; sus formas, encantadoras y robustas, eran de esas formas que anuncian una salud á toda prueba y la riqueza de una sangre generosa.

Era el orgullo de su madre al mismo tiempo que constituía su amor.

Así es que ¡qué terror no experimentaría en el momento de tener noticia del siniestro!

¡Cuánta ternura no demostraría la infeliz cuidando á la enferma!

¡Con qué alegría había acogido el oráculo del doctor Chambry, un práctico del campo,

muy modesto, aunque muy instruido y muy seguro de lo que afirmaba, cuando le oyó decir:

—No hay gravedad... Reposo... todo saldrá á medida de vuestros deseos... Quedaremos en paz tan solo con el susto.

—¡Pero qué miedo!

La condesa se estremecía aún.

La habitación era muy grande; estaba situada en el primer piso del castillo, y los balcones daban al parque; estaba situada al Mediodía.

Desde el balcón corrido que ocupaba los dos huecos de la habitación, se distinguía una inmensidad de campo y de bosques, hermosa perspectiva que alegra y ensancha el alma.

A lo lejos, más allá de las extensas praderas, se veía un magnífico estanque encajonado entre dos colinas y alimentado por un arroyuelo que baja de las alturas vecinas, que da un realce encantador al paisaje.

Las anchas hojas de las plantas acuáticas la cubren casi totalmente y un gran número de árboles centenarios se inclinan sobre sus aguas y en ellas mojan las puntas de sus más bajas ramas.

El lugar es melancólico y alegre á la vez, como una decoración de teatro.

Todos aquellos alrededores de la Forge son los paseos más encantadores que el turista más exigente puede soñar.

No tiene todo aquello más que un defecto: su situación en medio de aldeas y cabañas de obreros, á los cuales las necesidades del trabajo obligan á vivir en aquellos parajes.

Pero aquel aislamiento era una ventaja más á los ojos de la señora de Arvil.

Desde la muerte del presidente allí había pasado las tres cuartas partes de su vida en compañía de su Magdalena, por la cual lo hubiera sacrificado todo.

La joven también se había acostumbrado á aquella soledad, que su madre tenía empeño en que la fuese agradable.

Nada más encantador que aquella habitación donde descansaba. Nada más fresco ni más agradable.

Sus paredes estaban tapizadas con tela de Jony, de un color y de un dibujo armonioso, y llena de muebles de gran precio y de aquella época encantadora en que María Luisa vivía en Trianon.

No había más que dos retratos: los del padre y de la madre de la señorita de Arvil; el conde grave y cariñoso, con la bondad retratada en el rostro, sonriente como el hombre á quien ninguna desgracia ha herido; la condesa, de treinta años, bella aún, pero con una belleza altiva y rígida como su carácter.

Ya lo hemos dicho; aquella mujer no tenía más que una debilidad: su hija.

El reloj dió las nueve.

Un candelabro de tres bugías, cuyas luces estaban amortiguadas por otras tantas pantallas, iluminaban aquella habitación y dejaban más de tres cuartas partes en una semi oscuridad.

La condesa se levantó, é inclinándose sobre la cabeza de su hija, la preguntó muy despacio:

—¿Duermes?

—Nó.

—¿Te duele?

—Un poco.

—¿La cabeza?

—Sí.

La condesa de Arvil cogió el brazo de su hija y lo tuvo un rato entre sus manos.

—Empiezas á tener algo de calentura—la dijo.—El doctor me lo ha advertido. No se ha podido evitar.

La enferma no contestó.

Tan solo abrió sus enormes ojos, fijándolos en el rostro de su madre con gran ansiedad, como si hubiese querido penetrar sus más secretos pensamientos.

No debió ver indudablemente nada que pudiera asustarla.

El rostro de la condesa no expresaba más que una solicitud inmensa por su querida enferma.

—¡Qué susto me has dado!—murmuró con tono de reproche.—¡Qué hubiera sido de mí si hubiera tenido que perderte! ¡Imprudente!

La joven, un tanto tranquila, preguntó distraidamente, porque su pensamiento estaba en otra parte:

—¿Va á volver el doctor?

—Claro que sí. Yo hubiera deseado que se hubiese quedado aquí, pero me ha asegurado que su presencia era inútil... Debe ser así, porque ya sabes lo mucho que nos quiere...

—Sí, es un hombre muy bueno y un amigo excelente.

—El abate Aselin también ha venido ya dos veces. El pobre hombre está muy triste. Hablando de muchas cosas, me ha dado á conocer una noticia que no me ha sorprendido más que á medias...

—¿El qué?

—Se trata de tu protegido... el hijo de la viuda de Fugeret... A propósito de la viuda, la pobre mujer acaba de morir.

—¡Ah!

—Casi en seguida de ocurrirte á tí el accidente... El señor cura no ha tenido más que el tiempo preciso para administrarla... Nadie suponía que pudiera morir tan pronto... Su hijo no quiere ya ser cura... Tiene ideas de ambición, de fortuna.

Al oír hablar de Jaime Fugeret, la enferma se volvió hacia la pared, exhalando al mismo tiempo una queja.

Escondió su hermosísimo rostro en la batis-ta de sus almohadas para ocultar la emoción repentina que la embargaba.

—¿Qué te pasa?—la preguntó su madre.

—Nada.

—¿Quieres quedarte sola?

—No... Continúa... ¿Decías?...

—Que Jaime Fugeret quiere vivir mezclado á la sociedad actual... El pobre muchacho no piensa en lo que le espera. Por lo demás yo no he tenido nunca gran confianza en su vocación. El abate Aselin se ha forjado muchas ilusiones con él... Su pobre madre ya ha muerto...

—Quizás sea para ella una inmensa dicha... La hubiera causado un gran pesar semejante resolución.

—La única que va á quedar desconsolada es la infeliz Brígida. Quería mucho á la pobre anciana, tanto como si hubiese sido su madre.

—Tenemos que tomarla á nuestro servicio.

—¡Si así lo quieres!

—Es una muchacha honrada y cariñosi-sima...

—Sin duda...

—Se queda completamente sola en el mundo.

—Exceptuando á ese Jaime Fugeret—obje-tó Magdalena.

—¡Qué manera tan rara tienes de pronun-ciar ese nombre! ¿Cualquiera diría que le odias?

—Yo no creo que pueda tener odio á nadie, —replicó la enferma con débil voz.

La señora de Arvil abrazó á su hija y mur-muró á su oído.

—Te estoy molestando y cansándote... Voy á dejarte dormir... He hecho que me arreglen la habitación próxima... Dejaré la puerta abierta... No temas nada... No estarás sola... Además entraré muy á menudo... sin meter ruido... ¡Te quiero tanto, querida mía!...

—¡Pobre madre!

La señora de Arvil dió un paso para reti-rarse, pero volviéndose exclamó:

—¡Ah! se me olvidaba darte una noticia, la última, pero buena. Se trata de Roberto. He recibido una carta..

Magdalena cerró los ojos.

Una sombra pasó por su pálido rostro.

—¿La tienes?—preguntó la joven.

—Sí.

—Dámela.

—Escucha... voy á leértela yo primero.

«Muy señora mía:

»Salgo para Bretaña. El jueves estaré en la Forge.»

La condesa interrumpió la lectura.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE LA ROSA"
1925 MONTERREY, MEXICO

—Es decir, dentro de cinco días.

Y volvió á leer:

«¡No necesito deciros la gran alegría que supone para mí este viaje! Ya estaría á vuestro lado hace bastante tiempo, si mi tío Brancurt, no me hubiese hecho quedar para la apertura de la caza, en su propiedad de Granges, donde está con numerosa compañía.

«¡No me ha dejado moverme ni un momento de su lado!

»Ya sabéis cuán tirano es. No tiene más que una amenaza en la boca: ¡Si me desobedeces, te desheredo!

»Felizmente para nuestra futura prole, no tiene el menor deseo de hacer lo que tanto dice.

»Ya le conocéis.

»Es el hombre que con peores modales, tiene el mejor corazón del mundo.

»Me quiere muchísimo y estoy por apostar que quiere aun más á vuestra hija Magdalena!

»¡Hasta me llevo á figurar que por ella ya no me quiere á mí! Estoy casi celoso.

»Porque amar á Magdalena más que yo la amo, no se lo consiento á nadie, y creo además que es imposible.

»Mi vida está tan íntimamente ligada con la suya, que si la perdiese, no les sobreviviría ni cinco minutos.

»No vayais á creer que es exageración.

»Porque os contestaría con el fatalismo de los musulmanes que está escrito:

»Lo sé y lo siento.

»No podría vivir sin ella.

»En Granges, donde me encuentro, en esta

Sologne tan hermosa, sin embargo, el aire me parece irrespirable solo porque no está ella.

»Así es que no os podeis figurar ni podeis tampoco comprender el agradecimiento que os tengo desde el día que me habeis permitido declararos los sentimientos que por ella siento.

»Os considero como á mi segunda madre, siéndome muy grato poder compartir mi afecto entre vos y la otra, la primera, vuestra amiga, que os envía en esta carta un recuerdo de su amistad.

»Está bastante enferma para poder acompañarme á la Forges, y además su hermano, el gran tirano, exige que permanezca en Granges para que dirija su casa hasta que quedé sin el último convidado.

»Nadie puede ser más maniático que esos ancianos solterones, ni es posible que en el mundo haya despotones como ellos.

»Iré, pues, solo.

»Cuál será la duración de mi estancia en esa, lo ignoro.

»Llego á creer que os veréis obligada á echarme de vuestra casa á mano armada si llegais á tener empeño en que me vaya, á menos que una orden imprevista me obligue á volver á Granges.

»Decid á Magdalena, puesto que vos me dais el permiso de hablarla con sinceridad, que la adore; pero con todo el respeto y con el fervor de los fieles para la divinidad de su elección.

»Decidla que la amo con lo más profundo de mi corazón, y que le llena de tal modo que no habrá jamás sitio para ningún otro amor.

»Hasta muy pronto, querida madre, y creed en el respetuoso afecto del que será muy di-

choso con poder ser el más cariñoso y amante de vuestros hijos,

»ROBERTO DE BURES.

»*Granges por la Motte-Brenvou*

•A 19 de setiembre.

La condesa había terminado la lectura.

Al lado de la almohada de su hija, murmuró:

—¡Gracias á Dios, ya pronto serás feliz!

—Sí.

—Dentro de cinco ó seis días estarás curada todo se habrá olvidado.

Magdalena suspiró, tendió la mano á su madre y dijo tranquilamente:

—Dámela!

La señora de Arvil la entregó la carta de su prometido, la contempló por última vez y la dejó sola.

Entonces la joven llevó á sus labios aquel recuerdo de aquel á quien también ella había dado su amor, y derramando repentinas lágrimas imposibles de contener por más tiempo suspiró.

—¡Pobre Roberto!

La joven sufría cruelmente.

La caída hubiese sido suficiente para destruir una organización menos nerviosa y menos frágil que la suya, si la juventud no poseyese un cúmulo de recursos inagotables.

¿Pero que era la herida de la cabeza comparada con la que tenía en el corazón?

Su orgullo, su pudor violentado, clamaban

venganza contra el ultraje que había sufrido y la joven se irritaba contra su impotencia para lavar aquella infamia.

Su corazón se revelaba, el carmin teñía su rostro, tan solo al recordar el horrible crimen al cual no había podido escapar la inocente víctima.

¿Por grande que fuese su ignorancia, no podía dudar su deshonra y hasta conocía al infame autor!

En un momento de lucidez, en un segundo que había vuelto á la vida, al salir de su desmayo, había visto el rostro convulso del miserable que la había ultrajado.

La infamia del criminal se unía á la ingratitud.

Era aquel Jaime Fugeret para el cual ella desde su infancia no había tenido más que bondad y atenciones.

Ahora bien, desde que había vuelto á la vida, en cuanto que había comprendido la irreparable desgracia que sobre ella había caído, su único tormento, su única preocupación era ocultarse todo á su madre.

Se esforzaba por disimular á sus vigilantes ojos, los menores síntomas que hubieran podido ponerla sobre la pista del odioso secreto que ella sola quería conocer.

Su verdadero horror, al hacerse cargo de su desgracia, había sido y continuaba siendo el tener que revelar á los demás su inmerecida deshonra.

Así es que mientras estuvo rodeada de criados, del doctor Chambry, de la condesa, escribía con una angustia nerviosa la expresión de los rostros inclinados y fijos en ella; quería

descifrar los menores signos que hubieran podido iluminarla.

Ya podía estar tranquila sobre aquel punto.

Ninguno de los íntimos del castillo sospechaba nada de cuanto había ocurrido.

¿Quién, por lo demás, hubiera podido sospechar un acto tan vil, un atentado tan atrozmente despreciable?

¿En qué imaginación, por corrompida que fuese, hubiera podido germinar?

Y, sin embargo, se había cometido.

La desgraciada joven permanecía sumida en una inmensa tristeza; ahogada en su desesperación como un naufrago bajo los miles de brazas de agua que le oprimen y le ahogan.

Tenía el presentimiento, es decir, mejor que el presentimiento, la certeza de que el porvenir que tan hermoso se le presentaba, debía, en lo sucesivo quedar envuelto en el luto.

Apenasse atrevía, ahora que se hallabasola, á pensar en aquel amigo de la infancia, en aquel Roberto de Bures, tan encantador, tan alegre, tan recto, tan leal, tan cariñoso y tan amado, en fin, del cual ya no se sentía digna, como si el abominable crimen, con el cual había sido manchada, hubiese abierto entre ellos un abismo.

Sin embargo, estaban comprometidos, unidos ya por el mutuo consentimiento de los jóvenes y por el de sus madres.

¡Oh! Aquello se había hecho con toda naturalidad, sin ninguna clase de compromiso, solo por uno de esos arranques del corazón, á los cuales nadie puede resistir ni oponerse.

¿Acaso no estaba todo de parte de ellos para hacer dichosa aquella unión, las conveniencias,

la edad, la igualdad de condiciones y de fortunas, la sociedad á la cual los dos prometidos pertenecían y donde estaban llamados á bullir?

Magdalena de Arvil era la hija de un magistrado eminente. Los de Bures habían sido miembros del antiguo Parlamento en tiempos de la monarquía, antes de la gran revolución.

Lo mismo que el presidente Arvil, el padre del vizconde había muerto demasiado joven, dejando su hijo único bajo la tutela de una madre cuya salud era endeble y que permanecía inconsolable por la pérdida de su marido.

Las dos familias estaban unidas desde hacía medio siglo. Un obscuro y lejano parentesco las unía.

Vivían en el mismo barrio, eran vecinos unos de otros; los de Arvil ocupaban una casa en la Avenida de Mesina, que era de su propiedad; los de Bures tenían un hotelito muy modesto, pero muy confortable, en una de las calles más pacíficas de París, en la calle de Baumes; vivían muy cerca del coronel de Bracurt, hermano de la señora de Bures, á quien una grave herida había obligado á retirarse prematuramente.

El hotel de Bures poseía un extenso jardín lleno de árboles.

Era un encanto.

Roberto tenía cinco años más que Magdalena.

En su físico el vizconde era el hombre más hermoso que encontrarse pueda.

Tenía negro y sedoso cabello, la barba cuidadosamente cortada y lustrosa, bastante espesa, nariz fina, ni corta ni larga, los labios un

poco delgados, blancos y pequeños dientes perfectamente alineados, mirada expresiva y profunda, de buena estatura y regular corpulencia; en una palabra, era uno de esos hombres por los cuales las mujeres sienten serias y duraderas pasiones.

Tenia sobre todo esa gracia sonriente y dulce que atrae todas las simpatías.

Su voz tenía un timbre delicioso, era de esas voces que llegan al alma.

Había terminado la carrera de derecho y se dedicaba á los estudios literarios.

En una palabra: era un hombre.

Poco hacía que la señorita de Arvil había sentido por él uno de esos afectos dulces, sin violencia y sin pasión, que suelen ser los mejores y los más duraderos.

La joven correspondía á sus atenciones, á los mil pequeños cuidados con que la rodeaba en cualquier circunstancia.

No se le hubiera podido ocurrir jamás que hubiera podido pertenecer á otro.

Ella le consideraba ya como su marido, y en el secreto de su alma le dedicaba una fidelidad inalterable, imperecedera. Y sin embargo, había una gran diferencia entre sus sentimientos.

El amor de Magdalena, casto y puro, dejaba su alma tranquila y serena.

El de su prometido era, por el contrario, de una pasión ardiente, oculto bajo exterioridades pacíficas y por la igualdad de un carácter que sabía dominar.

A medida que había ido viendo crecer á su amiga de la infancia, llegando á ser poco á poco una de las mujeres más seductoras que

soñarse pueda, su pasión se había aumentado, y sus deseos, que sólo se dirigían á la elegida de su corazón, redoblaban cada día de ardor y de viveza.

Y aquella violencia era muy natural.

Magdalena lo comprendía sin duda.

¿Acaso una mirada, un suspiro, una palabra, no bastan para revelar á una joven el grado de ardor de los sentimientos que inspira?

Desde hacía algunos meses, sobre todo, el enamorado, en su impaciencia, suplicaba á la condesa que adelantase la época de la boda.

Pero la madre, prudente, celosa quizás de la división de una ternura que para ella sola hubiera querido, alegaba la edad de su hija, y no era sino por condescendencia para con el coronel de Braucur, que repetía á cada instante: «Casadme con mil diamantes á esos dos tórtolos», que ella había condescendido y había fijado la fecha de la boda para la primavera próxima.

Ya estaba convenido.

Ya no se podía volver sobre la palabra dada.

¿Qué hacer, sin embargo?

La desgraciada joven no hacía más que repetir esta pregunta.

En presencia de la catástrofe conque su amor acababa de ser herido, todos sus pesares, todas sus angustias y su desesperación iban á traducirse en estas palabras salidas de su corazón:

— Pobre Roberto!

¿Podía aun ir á él con la cabeza descubierta, con la frente altiva y poner con seguridad su mano entre las del amante escogido entre todos?

¿Y después de todo, por qué no?

Por que ella que no sentía más que odio y desprecio por el miserable, del cual ella había sido la víctima, habría de sufrir, tan inocente como era, las consecuencias de su crimen?

¿Por qué, sobre todo, las habría ella de hacer sufrir al amigo que nada tenía que reprochar, sucediéndole lo propio que á ella le ocurría.

¿Puede uno sufrir por un mal que se ignora?

¿Qué deber la impedía concentrar en su seno aquel dolor, del cual á nadie haría confidente?

¿No había logrado acaso ocultarlo á los penetrantes ojos de su madre, de sus criados y amigos?...

¿Por qué no hacer lo mismo con su futuro, á quien ella quería ver feliz y cuyo corazón destrozaría indudablemente haciéndole una revelación tan inútil como cruel?

Todos estos pensamientos, todos estos proyectos acudían á su mente sin dar intervalos para descansar á aquella imaginación enferma.

¡Ah! si siquiera hubiese tenido un confidente, un consejero para ayudarla á soportar el peso!

¡Pero sus labios se negarían siempre á revelar una infamia semejante!

No habría encontrado palabras para contarla, para expresar el asco y el desprecio que sentía.

Lágrimas de rabia acudían á sus ojos al pensar en la vergüenza con que estaba manchada.

Sin embargo, en medio de la fiebre de que estaba agitada, una resolución se apoderaba poco á poco de su voluntad y se fijaba en su imaginación con una energía creciente:

—¡Sí, me callaré; nadie me arrancará el secreto! Y en cuanto á ese miserable de Jaime Fugeret, le dejaría con los remordimientos de su infame crimen.

La señora de Arvil, al retirarse, no había dejado luciendo más que una lamparilla.

La habitación se hallaba, pues, en una oscuridad casi completa.

Poco después las ideas de la enferma se fueron borrando poco á poco.

Sus ojos, turbados por tanta y tanta pesadilla como siguen á las grandes sacudidas, se llenaron de visiones y fantasmas extraños.

En un acceso de pasajero delirio, exclamó:

—¡Socorro!... ¡A mí!... ¡Tengo miedo!...

Y en seguida se oyó el paso ligero de una mujer que precipitadamente se aproximaba al lecho.

La condesa, inclinada sobre su hija, la estrechó entre sus brazos, al mismo tiempo que la decía cariñosamente:

—¡Soy yo!... ¡Estoy aquí!... ¡No tengas miedo!...

Y murmuraba á su oído palabras de ternura y de consuelo, que volvieron á la joven á la realidad.

Después, cogiendo un medicamento ordenado por el doctor Chambry, médico y farmacéutico á la vez, como lo son la mayoría de los prácticos del campo, y que él mismo había preparado, vertió una dosis en un vaso y lo aproximó á los labios de Magdalena.

Los ojos de la enferma se cerraron, el sueño la sumió en el olvido del pasado y se durmió entre los brazos de su madre, murmurando con voz apenas inteligible estas palabras, que